



Taller de Lectura Argentina y Escritura

Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959)

Selección de *El hombre que está solo y espera* (1933)

LA GOTTA DE AGUA

Acuidad avizora y vocación sin desfallecimientos deben sostener al que procure indagar las modalidades del alma porteña actual.

Y digo actual, porque se me ocurre una irreverencia macabra la de andar desenterrando tipos criollos ya fenecidos -el gaucho, el porteño colonial, el indio, el cocoliche- cuya privanza inalienable, aquella que no es mera caricatura o pintoresco señuelo de exotismos, pervive y revive en la auscultación clarividente de la actualidad. En el pulso de hoy late el corazón de ayer, que es el de siempre.

La tarea es desalentadora. Muchos hábiles y bien pertrechados investigadores de almas se resignaron a distraernos de su fracaso, connotando las peripecias de sus frustradas tentativas, y algunos incurrieron en la ligereza de negarle a Buenos Aires, y por lo tanto a la República, una arquitectura anímica completa e inconfundible. Razones étnicas y simples traspasos de criterios, y no verdaderas comprobaciones de realidad informaron esos pareceres apresurados. Su penetración no alcanzó a revelarles uno de los más extraordinarios poderes de Buenos Aires: su facultad catalítica de las corrientes sanguínea».

Excúseseme esta imagen que utilizaré seducido por su valor de persuasión. Dos gases son el hidrógeno y el oxígeno, y en ser dos gases distintos se obstinan por mucho y muy enérgicamente que se los mezcle. Podrán variarse las proporciones, batirlos, trasvasarlos,

presionarlos, y los dos gases seguirán irreductiblemente aislados ante la pericia del químico. Pero un agente cataléptico -una esponja de platino, una chispa eléctrica- determina su inmediata combinación en un compuesto cuyas propiedades rechazan toda relación de parentesco con los progenitores: el agua. El porteño es, una combinación química de las razas que alimentan su nacimiento. El porteño es esa gota de agua, incolora, inodora e insípida que brota en el fondo del tubo de ensayo o que el cielo envía para que la tierra fructifique.

Porque es entrevero de impertinente causalismo, ignoraré por ahora la residencia de esa facultad y no me arriesgaré a dilucidar si proviene de la facilidad de subsistencia, de la superabundancia de alimentos, del contagio de la soledad de los hombres que llegaron solos tras una felicidad que se les escabullía de las manos de la proximidad de la muerte y del tiempo que pasan rozando la llanura, de la inestabilidad de los azares o del agobio de su cielo demasiado. Con virgen encantamiento de niño, me abandonaré ahora a la contemplación del mundo que se refleja en esta gota de agua que rehila entre mis dedos.

La expedición es riesgosa. No hay accesorios que puedan adquirirse a bajo precio: croquis que admitan un retoque, despliegues de almas perfeccionables. Todo lo porteño, el observador debe extraerlo de esa veta rebelde y subterránea que el espíritu forma bajo los hechos. Debe descubrir las escenas, como quien descubre una gema; sopesar los caracteres, inventar nuevos patrones de medición; despojar al criterio de los engañosos convencionalismos europeos, pescar las palabras definidoras; formar hombres prototipos, superponer manías individuales para trazar en la manía envolvente la necesidad colectiva que las involucra a todas. Bucear en el ambiente, y sentir y pensar y actuar, a pesar suyo, como uno cualquiera, viéndose y estudiándose vivir. Ser conejito de indias y experimentador, simultáneamente.

Padecer y gozar, clasificando el padecimiento o el goce en personal y genérico y así incansablemente, para despellejar y mirar más de cerca a los tipos apócrifos: el malevo, el patotero, el hincha...

Construirlo todo, todo, y he allí lo desalterador, hasta la misma realidad. La que el porteño muestra, es su mentira. Al conferirlos, el porteño desvirtúa sus sentimientos más nobles por inspiraciones de un raro pudor; sus ideas, por impropiedad de sus medios comunicativos. Sirva de paradigma el piropo, connivencia sin permutas corporales entre el hombre y la mujer.

UN OLVIDO DEL EGOÍSMO

Hay otro escollo a salvar en el pedregoso camino de la enumeración que debe ser como la partida de nacimiento del hombre de Buenos Aires: es que el testimonio de lo porteño circula en una sistematización formalmente europea, mantenida casi intacta en el trasplante.

Lo que ha variado es la substancia. El que mire fisonomías o hábitos creará estar en Europa, no el que fije pulsos o inspiraciones.

En realidad, ninguna de las instituciones europeas ciñe las correspondientes sinuosidades de la idiosincracia porteña. Se las acepta como el hombre atareado acepta el traje de confección, donde unos miembros huelgan y otros van maldispuestos. Ni siquiera son idénticas aquellas instituciones más amplias, ubicadas en proximidad de lo específicamente humano, como la amistad. El vocablo que traduce esa trabazón de personas es el mismo, y son los mismos los modos de conjurarla. Sin embargo, los ejercicios de espíritu que promueve son distintos.

En la amistad europea hay un pacto tácito de colaboración, un complot de conveniencias sin escapatorias ni empalmes sentimentales. En la amistad porteña hay un desprendimiento afectivo tan compacto que es casi amoroso. La amistad europea es un intercambio.

La amistad porteña es un don: el único de esta tierra. La amistad europea es dilatada y playa: sus puntos de contacto son innumerables y extrínsecos a ella misma. Dos rentistas del “tres por ciento”, dos burócratas del mismo ministerio, dos descendientes de nobleza abolida, dos literatos de la misma escuela, dos comerciantes de provechos coincidentes; dos obreros de la misma industria acuñan opiniones similares sobre finanzas, nacionalismo, ética, política o religión, porque ambos son voceros de la misma tradición, repetidores de iguales cánones. Las minúsculas discrepancias individuales son el aderezo de la concordancia general. Donde los hombres se casan atraídos por la dote de sus cónyuges, no es posible que seleccionen sus amigos entre adversarios de sus intereses materiales.

La amistad porteña es juego más egocéntrico. Es restringida en causas y profunda. Entronca en la simpatía personal y se nutre con los sentimientos comunes. Sin que la afección se menoscabe por ello, dos amigos porteños pueden desempeñar actividades opuestas, ser contrincantes políticos, militar en campos sociales adversarios, profesar creencias o cultos

antagónicos.

En el comienzo de una amistad se vislumbran con mayor nitidez las reglas que la conducen.

El conocimiento de las personas es coyuntura de azar en que interviene casi siempre la presentación de un amigo común. El porteño desconfía de las relaciones en que un amigo anterior no tuvo injerencia. La simple vecindad de habitación o de trabajo difícilmente sella verdaderos actos amistosos. “También vos sos un desorejado. ¿Quién te manda confiar en un tipo que no conoces?”. Este es reproche corriente. El “no conoces” significa: “que no te fue presentado por nadie”.

Ya enfrentadas en conocimiento, dos personas que permutan una simpatía primeriza y, sin declararlo, se asocian en voluntad de instaurar una amistad, tantean, en plática aparentemente desganada, los temas en que un enlace de opiniones es hacedero. Hay una simpatía troncal; para perdurar, esa simpatía necesita parcelarse en diálogos, en conmutación de emociones donde la lumbre cordial de una compañía se ensancha. Para conversar, es necesario hallar los tópicos comunes.

Por otra parte, como diremos después, una concomitancia es siempre posible entre dos porteños encuadrados en ciertas restricciones de edad. Se opera con expresiones vivaces, con preguntas inusitadamente corteses, con referencias e informaciones cuyas palabras van enmendadas por el tono en que se articulan, con opiniones jamás terminantes.

Quien en iniciación de amistad emplea frases categóricas, es que no quiere ser amigo de su interlocutor. El que busca amistad no sustenta sus opiniones cuando son desfavorablemente recibidas. Por eso las emite sin concederles importancia, sino dispuesto a rectificarse, listo para retirarlas, provisoriamente a lo menos. “Dicen que los radicales ganarán en la provincia...” “Le confieso que la política me tiene un poco harto”...

Y se pasa a otra cosa. En el fondo de esas frases hay una discrepancia que no se procura sobrepujar. Cuando esos tanteos descubren la zona neutral, los temas en que una paridad de criterio facilita el afianzamiento de un afecto, el entusiasmo se desborda en confirmaciones. “Ajá. Tiene usted razón. Es muy bueno. No había caído en la cuenta”.

Una vez entablada la amistad es ajuste sagrado. Ni los vaivenes de la fortuna, ni los tropiezos de las empresas, ni los malogros de las intenciones pueden destruirla. “Pucha que mala suerte

tiene Mauricio. Ya lo dejaron cesante otra vez”. O bien: “Juan está en la buena racha. ¡Mirá que anda ganando dinero!” Todo delito halla una excusa en la intimidación del sentimiento porteño, todo fracaso un atenuamiento, menos los delitos inferidos a la estrecha ligazón que presupone la amistad. Ser “falluto”, infiel a los compromisos de la camaradería, es baldón infamante, desdoro que no se perdona.

La amistad porteña es una caricia de varones que no se doblegan ante el destino ni gustan proferir quejumbres. La amistad tiene ternuras de madre. “Che, Antonio no anda bien. Está flaco y preocupado. ¿Por qué no lo hablas vos que sos más amigo de él?” “Es ese metejón el que lo tiene embromado. La tipa es una desvergonzada”. “¡Caramba! ¿Y cómo podríamos darle una manito?” La amistad, cuando se estrecha, es así: un poco respondera: “Mirá, vos no tenés que hacer esa macana”. Pero no es inquisidora. El que mucho inquiere y fuera de lugar es un “secante”, un amigo engorroso.

La amistad no persigue remuneración alguna. Se da libremente. Un buen amigo no podría ser feliz sabiendo que sus amigos no lo son. Dos amigos forman una tertulia, un mundo completo y ficticio en que el mundo ya no es valedero. La amistad porteña es un fortín ante el cual los embates de la vida se mellan. La amistad porteña es un olvido del egoísmo humano.

EL HOMBRE DE CORRIENTES Y ESMERALDA

Para no amilanarme ante los fantasmas que la imaginación procrea en las tinieblas, para no desorientarme en la maraña de variedades porteñas que a veces simulan desdecirse de un barrio y aun de una cuadra a otra, me dilaté en la nada fatua sino imprescindible creación de un hombre arquetipo de Buenos Aires: el Hombre de Corrientes y Esmeralda.

En otro lugar aduciré las razones que me movieron a ubicarlo en esa encrucijada, para mí polo magnético de la sexualidad porteña.

Este hombre es el instrumento que me permitirá hincar la viva carne de los hechos actuales, y en la vivisección descubrir ese espíritu de la tierra que anhelosamente busco.

Será la guía, la linterna de Diógenes con que rastrearé el hombre en quien ese espíritu se encarna. Lo muy grande hay que inducirlo de la observación de una partícula, no del

enfocamiento directo. El que mira todo el bosque de manzanos, no ve más que el bosque.

Pero el que se reduce a mirar profundamente una sola manzana puede inferir el régimen de todas las manzanas.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un ritmo de las vibraciones comunes, un magnetismo en que todo lo porteño se imana, una aspiración que sin pertenecer en dominio a nadie está en todos alguna vez. Lo importante es que todos sientan que hay mucho de ellos en él, y presientan que en condiciones favorables pueden ser enteramente análogos.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un ente ubicuo: el hombre de las muchedumbres, el croquis activo de sus líneas genéricas, algo así como la columna vertebral de sus pasiones. Es, además, el protagonista de una novela planeada por mí que ojalá alguna vez alcance el mérito de no haber sido publicada.

No se alboroten, pues, los políticos ni los granjeros de voluntades. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no es ladero para sus ambiciones.

Su nombre no figura en los padrones electorales ni en las cuentas corrientes de los bancos, ni en los directorios de las grandes compañías ni en las redacciones de los diarios ni en las nóminas de comerciantes o profesionales. No es un obrero ni un empleado anónimo.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es el vórtice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en su más sojuzgador frenesí espiritual.

Lo que se distancia de él, puede tener más inconfundible sabor externo, peculiaridades más extravagantes, ser más suntuoso en su costumbrismo, pero tiene menos espíritu de la tierra.

Por todos los ámbitos, la República se difumina, va desvaneciéndose paulatinamente. Tiene sabor peruano y boliviano en el norte pétreo de Salta y Jujuy; chileno en la demarcación andina; cierta montuosidad de alma y de paisaje en el litoral que colinda con el Paraguay y Brasil y un polimorfismo sin catequizar en las desolaciones de la Patagonia.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda está en el centro de la cuenca hidrográfica, comercial, sentimental y espiritual que se llama República Argentina. Todo afluye a él y todo emana de él.

Un escupitajo o un suspiro que se arroja en Salta o en Corrientes o en San Juan, rodando en

los cauces, algún día llega a Buenos Aires. El Hombre de Corrientes y Esmeralda está en el centro mismo, es el pivote en que Buenos Aires gira.

El mismo Hombre vertió las palabras puntualizadoras de su efectividad en el arresto sin cálculo de un acaloramiento, de un querer demasiado tirante o de un pequeño descuido del recelo personal, pacientemente incubado por mí. El Hombre nació en apuntes apresurados de un partido de fútbol, de un asalto de box, en las reacciones provocadas por un niño en peligro, en la agresión a un indefenso, en la palpitación de las muchedumbres de varones que escuchan un tango en un café; en el atristado retorno a la monotonía de sus barrios de los hombres que el sábado a la noche invaden el centro ansiosos de aventuras;

en las confesiones amicales arrancadas por el alba, en los bailes de sociedad y en la embriaguez sin ambages de un cabaret; en algunos comentarios perspicaces y también en personas que exageraban involuntariamente un motivo mitigado en los demás.

En todos y en cada uno vive el Hombre de Corrientes y Esmeralda. Se le desconocía. El conocimiento es casi una verbalidad, y los hombres que podían metrificar su voz se irritaban la garganta amaestrando oraciones extranjeras o evaporaban sus propósitos en un silencio lleno de mañanas que perezosamente se trocaban en ayeres...

EL HIJO DE NADIE

El Hombre de Corrientes y Esmeralda, que para mí será el Hombre por antonomasia, desciende de cuatro razas distintas que se anulan mutuamente y sedimentan en él sin prevalecimientos, pero algunas de cuyas costumbres conserva, negligente, a través de las metamorfosis corporales en que se busca afanosamente a sí mismo. Ninguna de ellas media en sus sanciones, aunque hay resabios de su prehistoria que hablan de mundos más gratos. Por eso, los que atesoran unos pesos no pierden su escapadita a Europa. Su tolerancia tiene un cimiento firme en su pro genie cosmopolita. Nada humano le es chocante, porque no le atenaza la herencia de ningún prejuicio localista. El hombre porteño tiene una muchedumbre en el alma. Cada grito encuentra un eco en que se prolonga sin extenuarse y sin perturbar a los demás. Es indulgente, pero no ecléctico. El eclecticismo le

desplace porque insinúa debilidad o doblez de carácter. Su indulgencia no es flojedad: es vacilación entre cosas que no le atañen, porque, fuera de sí mismo y del espíritu de su tierra, pocas cosas concitan al Hombre de Corrientes y Esmeralda. En su destino y en los sentimientos adicionados a él, es intransigente. No discute jamás estos temas: se aparta de los que disienten. Pero en las emergencias en que su propia existencia no está en juego, irgue una sonrisa.

Como si no se dirimieran trámites suyos, se ríe sin embozo de los sainetes en que los europeos, gringos, gallegos, turcos o franchutes se trenzan en baladronadas nacionales.

Y es que los asuntos europeos, con estar tan cerca, están más lejos de él que si estuvieran en la luna.

El hombre porteño es en sí mismo una regulación completa, oclusa, impermeable, es un hombre que no pide a la providencia nada más que un amigo gemelo para platicar.

El hombre europeo es siempre un segmento de una pluralidad, algo que unitariamente aparece mutilado, incompleto. El porteño es el tipo de una sociedad individualista, formada por individuos yuxtapuestos, aglutinados por una sola veneración: la raza que están formando.

El porteño, habituado a su aislamiento, es de albedrío rápido, de despejos bruscos, despabilado en la eventualidad. El europeo es mutualista, precavido y lento en sus reacomodos personales inopinados.

Por eso, el hijo porteño de padre europeo no es un descendiente de su progenitor, sino en la fisiología que le supone engendrado por él. No es hijo de su padre, es hijo del país.

“Sorprende, dice Emilio Daireaux, que era francés y buen mirador del país, que el hijo criollo nacido de padre extranjero sea capaz de enseñar a su padre la ciencia de la vida, tan difícil de aprender para el que se transplantó a un país nuevo”. Y cuenta que en una excursión se produjo un desperfecto en el carruaje de un extranjero radicado desde mucho tiempo atrás en Buenos Aires. “Su hijo, de diez años de edad, nacido en el país, bajó del coche. Cortó, recortó, hizo nudos mágicos y corrigió el desperfecto.

Al volver a su casa, dijo a su madre, de la manera más natural del mundo, sin orgullo, sin presunción:

—¡Ah, mamá, si no hubiera estado yo allí, no sé cómo se las hubiera arreglado papa!

Y era verdad. Esta facilidad para salir de apuros para encontrar recursos en sí mismo, en circunstancias difíciles, en resolverlo todo en plena pampa, que es instintiva del joven americano, sorprenderá siempre al viejo europeo, maduro y de experiencias, pero mal preparado para el aislamiento”.

Ese individualismo intrépido, que afronta la fatalidad con desenvuelto ademán, que no reconoce lindes a su independencia, que atropella y desquicia todos los principios de la sociedad europea, que derrocha su acopio vital en futesas y pasatiempos sin utilidad material, hende un abismo entre el padre y el hijo. El padre se abochorna de sus impedimentos y el hijo en zaherirlo, se burla del padre. La potestad paterna es un mito en Buenos Aires cuando el padre es europeo. El que realmente ejerce la potestad y tutela es el hijo. “Mirá, vos no te vas a burlar de mi viejo ¿sabés? El tano es bueno y lo tenés que respetar”. Así, cuatro millones de italianos que vinieron a trabajar a la Argentina, después de la maravillosa digestión, cuyos años postrimeros vivimos, no han dejado más remanente que sus apellidos y unos veinte italianismos en el lenguaje popular, todos muy desmonetizados: “Fiaca. Caldo. Lungo. Laburo...”.

La convivencia precaria tiende al dominio del régimen, al establecimiento de disciplinas y escalafones invulnerables. El hombre importa menos que la clase, o la casta. Sin mucho error, puede asegurarse que en Europa, en las naciones más alardeadoras, todo está prescripto. Cada generación se instruye cuanto puede en la anterior, y hasta lo emergen te va encuadrado en cierta previsión estratégica y cooperativa. El que hipotecara su trabajo futuro - como es hábito aquí- sería tildado loco. De tanto rodar, el europeo es ya un pedruzco sin aristas, un canto rodado del tiempo y de las corrientes culturales. Hasta sus arrebatos, esas ebulliciones intempestivas, salen ya refrenados por una educación instintiva. Ser extrañado de su clase en Europa es pena que amedrenta más que ser desterrado de su país en América. Ciertas regiones europeas desmienten mi generalización -demasiado sucinta para ser firmemente exacta- con su confesión fácil, su irascibilidad, su turbulencia palabrera, pero esos ímpetus son excepciones y no rutina cotidiana, en que actúan sumisos, semejantes a los demás, en una palabra: conjeturables.

El porteño es, en cambio, indeductible. Ni su jerarquía pecuniaria, ni la estirpe de sus ascendientes, ni la índole de sus amigos dan pie a la inferencia de sus ideas o de sus sentimientos. Hay obreros conservadores y plutócratas revolucionarios. Lo ajeno no contagia al porteño. El porteño es inmune a todo lo que no ha nacido en él. Es el hijo primero de nadie que tiene que prologarlo todo.